

VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2014.

Sobre el masoquismo moral en las toxicomanías.

Gonzalez Martinez, María Florencia.

Cita:

Gonzalez Martinez, María Florencia (2014). *Sobre el masoquismo moral en las toxicomanías*. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-035/631>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecXM/6a1>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SOBRE EL MASOQUISMO MORAL EN LAS TOXICOMANÍAS

Gonzalez Martinez, María Florencia
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es poder ubicar la distinción entre las nociones de consumo de drogas y de toxicomanías en términos de las modalidades de masoquismo propuestas por Freud en su texto *El problema económico del masoquismo*. A partir de esto, me concentraré en el fenómeno de las toxicomanías para extraer algunas preguntas y reflexiones acerca de sus vínculos con el superyó y para poder introducir un interrogante respecto a su clínica tomando como piedra angular los discursos aislados por Lacan en 1969.

Palabras clave

Toxicomanías, Pulsión, Masoquismo, Superyó

ABSTRACT

ON MORAL MASOCHISM IN DRUG ADDICTION

The objective of this paper is to place the distinction between the notions of drug use and drug addiction in terms of the modalities of masochism proposed by Freud in his text *The economic problem of masochism*. From this, I will focus on the phenomenon of drug addiction to extract some questions and reflections about its links with the superego and to introduce a question about its clinical approach taking speeches isolated by Lacan in 1969 as a cornerstone

Key words

Drug, Addiction, Drive, Masochism, Superego

Este es el mérito del discurso de Freud. Él sí está a la altura. Está a la altura de un discurso que se mantiene lo más cerca posible de lo que se relaciona con el goce (...). No es cómodo situarse en este punto donde emerge el discurso y donde, cuando vuelve ahí, incluso, tropieza, en las inmediaciones del goce. (Lacan, 1969/70, p. 75)

El objetivo de este trabajo es poder ubicar la distinción entre las nociones de consumo de drogas y de toxicomanías en términos de las modalidades de masoquismo propuestas por Freud en su texto *El problema económico del masoquismo*.

A partir de esto, me concentraré en el fenómeno de las toxicomanías para extraer algunas preguntas y reflexiones acerca de sus vínculos con el superyó y para poder introducir un interrogante respecto a su clínica tomando como piedra angular los discursos aislados por Lacan en 1969.

Sobre el masoquismo en 1924

A partir de 1920 la pregunta por el displacer funda en Freud un campo conceptual novedoso. Esto lo lleva, entre otras cosas, a reformular su doctrina pulsional y a proponer un nuevo modelo de aparato psíquico, que permita contemplar fenómenos incongruentes con la lógica del principio del placer.

El 1924, Freud extiende su pregunta por el displacer escribiendo

un texto que tiene por eje al masoquismo. Concepto cuyo interés reside en que ya no puede ser abordado dentro de los confines del principio del placer, mostrando en esta instancia su disimetría con el sadismo. Allí Freud distingue tres dimensiones del masoquismo: una fundante y primordial y dos secundarias que operan como manifestaciones de aquélla.

La primera, el masoquismo erógeno, será definida por Freud como un "residuo"; "(...) un relicto de aquella fase de formación en que aconteció la liga, tan importante para la vida, entre Eros y pulsión de muerte." (Freud, 1924, p.170)

Ahora bien, ¿en qué consiste esa liga? Freud aborda esta pregunta acerca del origen con una especie de "mito biológico" que podemos superponer fácilmente a la definición de pulsión brindada por él cuatro años antes, en *Más allá del principio de placer*, al introducir la pulsión de muerte:

"Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras (...)" (Freud, 1920, p. 36)

Retoma esta idea de la vida como perturbadora en 1924, al referirse esta vez a las pulsiones de vida. Ellas perturban la tendencia a la estabilidad del principio de Nirvana. Planteo novedoso en la conceptualización freudiana, pero que tiene su antecedente, a mi criterio, en el llamado "apremio de la vida", presente en el origen de la experiencia de satisfacción.

Volviendo al masoquismo, el llamado erógeno será definido, entonces, como ese resto de la liga y, por ende, como excluido de lo que Freud llama el "traslado hacia afuera" (que podemos homologar a la transferencia). Residuo en el cuerpo de lo mortífero de la pulsión. A partir de aquí Freud se dedicará a definir los dos masoquismos que se presentan como observables clínicos.

Del masoquismo femenino dirá que su comprensión no presenta mayores dificultades para la teoría; pone en juego la satisfacción atestiguada por las fantasías en las que los neuróticos sostienen sus síntomas. Es decir, suponen una satisfacción sexual. Recordemos aquí la definición de síntoma que nos brinda en 1905 cuando lo describe como *"la práctica sexual de los enfermos"* (Freud, 1905, p.148). Que el yo no reconozca a esa satisfacción como coincidente con el placer, no es un problema. Es consecuencia de la represión. Freud aclara en 1915 que la satisfacción de la pulsión (señalemos que se refiere a la pulsión sexual) siempre es en sí misma placentera. Es en tanto entra en conflicto con otros designios de la vida que opera la represión que tiene por consecuencia el distanciamiento, a nivel del yo, de la satisfacción y el placer. Sin embargo, nos encontramos bajo la regulación del principio del placer en estos casos.

Otra es la situación del masoquismo moral. Éste se presenta como más enigmático, en tanto ha *"aflojado su vínculo con lo que conocemos como sexualidad"*. (Freud, 1924, p.171)

Entendamos en este contexto a la sexualidad como sinónimo de la mezcla pulsional. Ese mítico momento de liga da cuenta, precisamente, de la "sexualización" de un sector de la pulsión de muerte, a partir de su articulación con la libido o el Eros. Es esta articulación

la que permite su traslado al exterior como pulsión de destrucción. Entonces, desexualización es en esta instancia sinónimo de desmezcla pulsional, de quite de libido y, por ende, de prevalencia de la pulsión de muerte.

La figura clínica en la que se sostiene para dar cuenta de este masoquismo es la reacción terapéutica negativa, de la que Freud dice lo siguiente:

“Por último, se llega a la intelección de que se trata de un factor por así decir ‘moral’, de un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo del padecer. (...) Ahora bien, ese sentimiento de culpa es mudo para el enfermo, no le dice que es culpable; él no se siente culpable, sino enfermo. Sólo se exteriorizará en una resistencia a la curación, difícil de reducir.” (Freud, 1923, p. 50)

Y suscribirá esta resistencia al superyó. Aquí se presenta una dificultad: en tanto heredero del complejo de Edipo, el superyó exige renuncia a la satisfacción. Sin embargo, ante cada renuncia se torna más severo. ¿Cómo dar cuenta de esta paradoja?

Superyó

En Freud, el superyó se presenta como una instancia psíquica enigmática por la contradicción que encarna. Encontramos en Freud diversos intentos de dar cuenta de esto. En *El yo y el ello* situará para el superyó un origen doble: no sólo lo definirá como heredero del complejo de Edipo, sino que ubicará otro origen en lo que llama “identificación inicial” y de la que no da allí mayores explicaciones. Sin embargo, la referencia obligada es el mito de la horda primordial. A partir de él podemos situar dos dimensiones del padre, que coinciden con las dos dimensiones del superyó. Tenemos por un lado la ley, que exige la renuncia, pero también está ese resto vivo del padre, que impulsa al banquete periódico en el que se repite en un ritual solemne la hazaña macabra de los hermanos. Ese resto que no se mata es el que aparece como exigencia de satisfacción en la reacción terapéutica negativa. Ese resto, subrogado del ello, empuja hacia la realización de un goce imposible. El horizonte de esa exigencia es el goce absoluto. Por ende, aún la obediencia tiene por respuesta el castigo: ningún goce está a la altura; siempre puede haber más padecimiento. A esto responden las “enigmáticas tendencias masoquistas del yo”. (Freud, 1920, p. 14)

Esta paradoja que encierra el superyó permite ubicarlo como uno de los nombres de la división subjetiva.

Al final del *Seminario 18* Lacan captura en unas pocas frases la esencia del superyó:

“¿Cuál es la prescripción del superyó? Ella se origina precisamente a partir de este padre original, más que mítico, a partir de este llamado como tal al goce puro, es decir, también, a la no-castración. En efecto, ¿qué dice este padre en el ocaso del edipo? Dice lo que dice el superyó.(...) Lo que dice el superyó es - ¡Goza!

Tal es la orden, la orden imposible de satisfacer, y que está como tal en el origen de todo lo que se elabora con la expresión de conciencia moral, por paradójico que pueda parecerles.” (Lacan, 1970/1, p. 164)

Entonces, es precisamente ese empuje el que se manifiesta en el masoquismo moral; goce no sexual, mortífero, más allá del principio del placer.

Toxicomanías

En lo que hace al lazo con la sustancia, sostengo la necesidad de distinguir al menos dos dimensiones.

- Una responde a un consumo que permite la permanencia en la regulación del principio del placer. Es en este sentido que juzgo debemos entender la afirmación freudiana que ubica al tóxico como

medio para la supresión del dolor. Menciono solamente un ejemplo en la obra freudiana de tal aseveración. En *El malestar en la cultura* Freud distingue tres vías desde las que ataca el sufrimiento: el cuerpo propio, la relación con los otros y el mundo exterior. El propósito principal del sujeto es evitar el displacer que conlleva ese sufrimiento. Para cada fuente de padecimiento hay distintos tipos de protección. La que más le llama la atención a Freud es la que opera sobre el sufrimiento situado en el cuerpo propio. Es aquí donde ubica la eficacia del tóxico, aclarando que es un método tosco (por no suponer la sofisticación de la elaboración psíquica) pero eficaz, en tanto depara un placer inmediato y cierta independencia del mundo exterior. Y de allí deriva su valor para la economía libidinal.

Lo que resulta llamativo es que se hayan elaborado teorías sobre las toxicomanías sostenidas en la noción de supresión tóxica del dolor. Teorías que, en algunos casos, reniegan completamente de la intervención de la pulsión de muerte en la adicción. Un ejemplo de este tipo de teorizaciones son los postulados de Sylvie Le Poulichet en su famoso libro *Toxicomanías y psicoanálisis*. La consecuencia de este deslizamiento es que terminan planteando una clínica para la toxicomanía que está pensada en la vertiente del deseo y no del goce. Por eso el “modelo” en el que soporta sus elucubraciones es la experiencia de la vivencia de satisfacción (y la de dolor, que es su contrapartida). Esto lo llevará a plantear lo que denomina “narcosis del deseo”.

Sostengo que esta vertiente del vínculo con la sustancia no da cuenta del campo de las toxicomanías sino que permite pensar solamente el consumo regulado, que contempla, por supuesto, eventuales excesos. La distinción no es cuantitativa. En este caso se trata de alguien que hace un uso de las drogas manteniéndose en el campo de la ligadura.

- La dimensión a partir de la cual defino a las toxicomanías tiene por fundamento a la compulsión y, por ende, a la pulsión de muerte. En el discurso de los pacientes, así como en la vasta literatura de testimonios sobre adicciones es esto lo que puede leerse. Tomaré solamente un extracto del libro de De Quincey en el que hace referencia a sus intentos de abandonar el consumo de opio:

“(...) desde hacía tiempo el opio no fundaba su imperio en los lazos del placer sino que mantenía su dominio únicamente a causa de las torturas, que cabe suponer no menos graves, solo restaba elegir entre dos males y más valía aquel que, por más terrible que fuese en sí mismo, prometía en última instancia la restauración de la felicidad. El razonamiento parece irrefutable, pero la buena lógica no daba al autor las fuerzas para aplicarlo.” (De Quincey, 1821, p. 152)

Es precisamente esa posición de “esclavitud” ante el consumo lo que hay que destacar al delimitar el campo de las toxicomanías. Abelardo Castillo define el lazo que tiene el alcohólico con su objeto como del orden de la fatalidad. Resuenan aquí los ecos freudianos que remiten a lo demoníaco de la exigencia pulsional.

Si bien en casi todos los pacientes toxicómanos podemos ubicar un tiempo inicial en el que la relación con la droga parecía inscribirse más bien en el marco de la regulación, asistiendo en el acceso a ciertos logros, lo que define a la toxicomanía como tal es el cambio operado en esta relación. Cambio del orden cualitativo: el consumidor pasa a ser consumido. W. Burroughs captura esta posición magistralmente en una frase: *“El mercader de la droga no le vende un producto a su consumidor; le vende un consumidor a su producto” (Burroughs, 1959, p. 11)*

¿Podemos homologar este cambio a la desmezcla pulsional? Considero, en este sentido, que la noción de masoquismo moral permite capturar lo que está en juego en las toxicomanías.

Allí donde el consumo “regulado” pareciera inscribirse más bien en el orden del masoquismo femenino (si entendemos al fantasma,

siguiendo a Miller, como una “*máquina para transformar al goce en placer*”) (Miller, 1983, p. 77), el goce en juego en las toxicomanías responde más bien al imperativo de goce del superyó. El adicto está en una posición de obediencia absoluta a esa oscura exigencia. Es interesante, en esta perspectiva, la imagen que ofrece Massimo Recalcati al pensar al agujero del heroinómano como “*un agujero real que sirve para introducir goce en el cuerpo y no para sacarlo*” (Recalcati, 2002, p. 151), diferenciándolo en este punto de la función del objeto como causa de deseo.

La época

Para finalizar, introduciré dos interrogantes que surgen a partir de la lectura de la literatura contemporánea sobre el tema. No pretendo zanjar aquí la cuestión, pero me interesa señalar algunos de los problemas con los que me he topado en este recorrido.

1- El imperativo del superyó es solidario del imperativo capitalista, que podríamos reducir a la palabra “¡Consume!”. En este sentido el toxicómano es el que responde más acabadamente a este mandato. Es por esto que muchos autores toman al discurso capitalista, propuesto por Lacan en 1972 como el paradigma a partir del cual pensar el consumo toxicómano.

Si bien es tentador hacerlo, supone también una serie de dificultades. Por empezar, el discurso capitalista no es estrictamente hablando un discurso, en tanto no permite la dialectización de sus posiciones. Este mismo hecho hace que, si pensamos a las toxicomanías desde esta perspectiva, ellas queden por fuera del psicoanálisis, en tanto la condición para la instalación del dispositivo es precisamente que pueda operarse ese cuarto de giro que posibilitan los cuatro discursos propuestos por Lacan en 1969.

Se abren aquí dos caminos: o se sostiene la conceptualización de las toxicomanías desde el discurso capitalista y se las plantea como inabordables para el psicoanálisis o se intenta pensarlas desde otra perspectiva que tenga en cuenta la posibilidad de transferencia.

Considero que hay una tercera salida a este problema. Es posible pensar la lógica de las toxicomanías como solidaria de la lógica del discurso del capitalismo pero, entonces, hay que preguntarse cuáles son las operaciones que permitirían cierto orden de dialectización que posibilite la introducción de estos fenómenos en la práctica psicoanalítica y en el orden de los discursos establecidos. No hay tratamiento posible desde la perspectiva de un pseudo discurso. Pero la experiencia muestra que es posible operar con este tipo de fenómenos que parecen inicialmente inconciliables con la transferencia. En este sentido considero útil remarcar que se trata precisamente de fenómenos y en tanto tales, se enmarcan en alguna estructura clínica que los excede. Es esto lo que nos habilita a pensar la pertinencia del análisis para el tratamiento de estos pacientes. En este sentido, es vital rescatar la noción freudiana de manejo de la transferencia; noción que surge como operación en los límites del dispositivo.

No olvidemos que el psicoanálisis como tal surge en el seno del capitalismo.

2- Una segunda cuestión es la que atañe a las consecuencias que se desprenden de la afirmación milleriana de que vivimos en la época del Otro que no existe. Dada la brevedad del trabajo, no pretendo extenderme sobre este tema, pero sí citaré algunas reflexiones de Jorge Alemán al respecto.

“*La fórmula <el Otro que no existe>, que cumple una valiosa función en la enseñanza de Lacan en lo relativo al problema del fin de análisis, no puede ser tan sencillamente asignada a una época determinada. O al menos esto exige cierta puntualización. En primer lugar, señalemos que si bien acordamos con las descripciones sobre*

lo <líquido>, sobre el socavamiento y la erosión de las figuras simbólicas actuales del Otro, también es preciso señalar que para que esta corrosión esté ocurriendo, tal como Marx lo supo ver, tiene que existir una estructura muy potente que logre emplazar como nunca se ha hecho antes, con una potencia inusitada, a los sujetos y a los vínculos sociales. Si no fuera así, este <autismo generalizado> que se describe terminaría dispersando a toda la trama social. Por el contrario, si a pesar de tantas destituciones, de tanto cinismo, de tanta declinación del padre, de tanto colapso de las figuras de autoridad, el Poder es más compacto que nunca, es porque hay Otro que funciona regido por la Técnica y el Capital, y que ha alcanzado un orden capaz de subsumir a los cuerpos y a las subjetividades en la forma mercancía.” (Alemán, 2012, p. 27/8)

Considero esta una perspectiva muy valiosa, que brinda un interesante soporte para pensar el fenómeno que nos convoca en su articulación con la época. Y que abre una perspectiva que permite ubicar la pertinencia y contundencia del concepto de superyó en el marco de las toxicomanías.

BIBLIOGRAFIA

Alemán, J.: “Soledad: Común. Políticas en Lacan”. Capital Intelectual. Año 2012.

Burroughs, W.S. “El almuerzo desnudo”. Editorial Anagrama, 2006.

Castillo, A: “El que tiene sed” Seix Barral. 2010

De Quincey, T. “Confesiones de un opiómano inglés”. Libros del Zorzal. Buenos Aires. 2006

Freud, S.: “Pulsiones y destinos de pulsión”. Amorrortu Editores. Tomo 14. Año 1992.

Freud, S.: “Tres ensayos de teoría sexual”, Ed Amorrortu, Buenos Aires. Tomo XIV

Freud, S.: “La represión”, Ed Amorrortu, Buenos Aires. Tomo XIV

Freud, S.: “Más allá del principio del placer”, Ed Amorrortu, Buenos Aires. Tomo XVIII

Freud, S.: “El malestar en la cultura”, Ed Amorrortu, Buenos Aires. Tomo XXI

Freud, S.: “El problema económico del masoquismo” Ed Amorrortu, Buenos Aires. Tomo XIX

Lacan, J.: “El Seminario: El reverso del psicoanálisis”. Editorial Paidós. Año 1999

Lacan, J.: “El Seminario: De un discurso que no fuera del semblante” Editorial Paidós. Año 2011.

Lacan, J.: Conferencia dictada en Milan el 12 de mayo de 1972 (inédita)

Le Poulichet, S.: “Toxicomanías y psicoanálisis”. Ed. Amorrortu. Buenos Aires. Año 1987

Miller, J-A.: “Conferencias porteñas”. Tomo I. Editorial Paidós. Año 2009

Recalcati, M.: “Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis.” Editorial Síntesis.